

COLECCIÓN
QUILOAZAS

ESA VOZ QUE ME ACOMPAÑA MIENTRAS ESCRIBO



• • •

SOLEDAD YORI



VERA editorial cartonera

**ESA VOZ
QUE ME ACOMPAÑA
MIENTRAS ESCRIBO**



**ESA VOZ
QUE ME ACOMPAÑA
MIENTRAS ESCRIBO**

COLECCIÓN
QUILOAZAS

• • •

SOLEDAD YORI



VERA editorial cartonera

a Gaby
a nuestros hijos Jeremías, Federico y Anna
a mi madre y a mi padre
a la memoria de mi abuela materna



Apenas tengo cuatro años y estoy sentada en el antebañó, he ordenado la casita nueva de muñecas junto a varias cajas de cartón más pequeñas para formar un barrio gigante. Una voz —que sólo yo escucho— me cuenta historias sobre las familias que viven allí. Por ejemplo, algunas pasan hambre, mientras otras disfrutan de una cena opulenta. La voz me entretiene en esas largas horas de las siestas de verano, cuando el sol santafesino pega fuerte sobre la casa que apenas tiene un ventilador. Juego con un poco de agua y rocío esas precarias casitas para que las muñecas no tengan calor. La iguana y la solapa amenazan por los techos, llevándose a los chicos que salen afuera. Sin embargo, la voz está ahí conmigo. Y yo estoy segura en un lugar rodeado de historias.

Una voz puede ser un umbral.

Puede ser el primer paso a un recorrido incierto. Puede ser una compañía que habla como susurro y que cuenta una historia o puede volverse tan molesta como una mosca que se posa en tu cara o en tu brazo. Siempre a las vueltas.

No es la voz interior, tampoco es la voz de la consciencia. Es la voz que conocés desde siempre, pero que no sabés de dónde viene.

Mientras sos una niña podés decir que la escuchás y que te cuenta cosas. Los adultos celebran que exista y la llaman amigo imaginario. Pero al crecer, todo cambia.

La voz puede continuar y hablar sin parar, superponerse con otras voces hasta lograr que se callen. Puede hacer lo que quiera con tal de que la escuches. A veces me levanto a las tres de la mañana y ya no puedo conciliar más el sueño porque ella no para. Camino agarrada de las paredes de la casa para no tropezar con algún mueble y despertar a mi familia. Me he encontrado en la más vasta oscuridad. A puertas cerradas, sin comer. Pero con la voz en la cabeza.

Creí que me volvería loca.

Libré mil batallas para silenciarla. Medité, practiqué yoga, salí a caminar escuchando música y también me enfermé. Hasta casi morí y, sin embargo, ella permaneció inalterable junto a mí.

El mundo continuó con sus idas y venidas: la familia, los amigos, el trabajo. Todo se transformaba y podía verse. Pero la voz, no. Estaba adentro y sin testigos para dar cuenta de su existencia.

Aturdida por escuchar todo el tiempo otras voces que no eran la mía, un día, ella detuvo mi cuerpo y lo puso en pausa. Es que no se puede estar afuera cuando todavía no se ha dicho lo que está adentro.

Había que detenerse. Hacer un vacío. Dar paso al silencio para que ella apareciera en plenitud. Sin contornos. Expandiéndose.

Hoy lo siento como una revelación. Mientras escribimos, con los dedos temblorosos y apurados para que las historias no se nos escapen, dialogamos. Ella y yo somos, ahí, acto. Sin cansancio ni aturdimiento.

La escucho y me atrevo.

Una voz puede ser el umbral hacia la escritura.

LA BIBLIOTECA

• • •

Hace pocos días frente a la casa que alquilo en Laguna Paiva, unos vecinos decidieron prender fuego a sus árboles. El fuego de pronto tuvo más de tres metros de altura y por unos instantes temí que llegara a casa y que mis libros fueran víctima de tal negligencia. Me sentí vulnerable, con bronca y mucha rabia. Les grité si querían que llamara a los bomberos y muy livianamente—con una manguerita en las manos que no llegaban a estirla ni entre cuatro para alcanzar el fuego— me contestaron que ellos podrían controlarlo, como si yo fuera una exagerada. Quienes tienen bibliotecas y aman los libros entenderán.

Así como Luis XIV dijo en Francia: el Estado soy Yo. Bueno, mi Biblioteca soy yo, en ella gobierno y existo. Y sin ella estoy perdida.

Tal vez sea difícil comprender tal sentido de posesión. Pero para quienes hemos tenido que luchar por un espacio propio, la sola idea de que uno de mis libros ardiera me trasladó a un tiempo y a un entorno familiar insustancial en el que atesorarlos fue esencial para mi vida.

Leer salvó mi infancia. Y construir mi biblioteca fue la respuesta que encontré al ruido estridente de la máquina de coser de mi madre.

Ella era modista. Coser era lo que sabía hacer y cosía, cosía y cosía sin parar. De la máquina a pedal pasó a la eléctrica que la pateaba: esa máquina era la entrada al infierno. Yo sufría cuando

la escuchaba quejarse por el dolor de la electricidad en la mano derecha. Sin embargo, eso no la detenía y trabajaba hasta los días domingos. La recuerdo arrodillada en el piso cortando telas, entrecorrida entre el humo del cigarrillo, las tijeras y la tiza blanca para marcar los moldes. Los alfileres plateados de acero acumulados en sus labios, uno al lado del otro, para ganar tiempo. Nunca se tragó ninguno, posibilidad que me aterrorizaba; de vez en cuando se le caía alguno sobre la silla y yo, generalmente, me pinchaba.

Le ponía todo el cuerpo a su trabajo. Tenía que quedar perfecta la terminación del cuello de la camisa, las rayas debían coincidir en toda la extensión del saco, no podía haber un sólo hilo colgando de ningún surfilado y el horario que se le daba a una clienta para retirar la hechura se cumplía de modo sagrado. Odiaba coser pero lo hacía bien, con responsabilidad y esmero porque era el único medio que tenía para poder comprarme algo, para sentirse valiosa y evitar que la voz de mi abuelo se precipitara sobre su nuca gritándole que era una mantenida.

De noche, ya cansada, se levantaba de la silla con mucha dificultad por tantas horas de traqueteo.

Creo que comencé a leer para poder permanecer a su lado, como una excusa. Yo volvía feliz de la escuela y quería contarle lo que había charlado con amigas, si había ganado o perdido al ladrón y al policía, si en la marinerita el chico que me gustaba me había tomado de las manos, pero era imposible. Cada vez que mi voz intentaba asomarse, el ruido de la máquina de coser lo tapaba. Una y otra vez.

Con un libro entre las manos me sentaba en silencio en un rinconcito de la mesa, esperando que llegara la pausa de la máquina para hablar con ella. Los libros me acompañaron en los momentos de su enajenamiento. Los leía en silencio y hablaba con los autores y autoras de otras épocas o contemporáneos.

De grande entendí que mi madre, tal vez, no podía escucharme. El ruido de la máquina de coser se interponía entre las dos. No se detenía.

Vos estudiá, me decía, como queriendo separarme de su destino. Y yo leía, sin que mi voz o la suya pudieran encontrarse.

Nunca me enseñó a enhebrar. Tampoco tengo costureros. He vivido los últimos veinticinco años sin agujas, alfileres, hilos, elásticos o dedales. No sé coser un botón en una camisa pero continúo leyendo.

Sin embargo, volviendo la vista hacia atrás, fue difícil creer en el futuro cuando en las reuniones familiares —que se hacían muy a menudo y a mi pesar— nadie me preguntaba cómo estaba y si yo preguntaba algo me respondían cuando querían. Tuve que adoptar diferentes estrategias para permanecer en ellas: desde quedarme dormida apenas llegaba (para no escucharlos) a hacerme la adolescente rebelde que se encerraba en un auto para leer un nuevo libro.

Recuerdo una de las pocas veces en las que mi tío —el hermano mayor de mi mamá— habló conmigo. Fue para reprocharme lo descuidada que había sido por haber derramado jugo sobre su mantel Cacharel, el que yo jamás sería capaz de comprar —según él— ni con todo el dinero que me pasara mensualmente mi padre.

En verdad, me defendí como pude. Opuse al silencio de la indiferencia y el desprecio, el exquisito mundo de las palabras. Sólo para mí, para resistir sus odios.

Los libros, amontonados, desplegados y leídos se convirtieron, entonces, en la muralla que pude construir frente a ellos que se resistían a mi presencia. Un día no fui más. Y creo que nadie se dio cuenta.

Mientras tanto, en casa, cada nuevo mes, mi abuela me regalaba dinero y yo corría a la librería de usados. Ese día era un festival de esperanzas porque ella sabía que yo era capaz de hallar alguna joyita. A mi regreso siempre había motivos para largas charlas y mates de por medio. Esa mujer me veía leer y me amaba.

Cada libro rescatado en esas búsquedas incesantes fue restaurado, leído, comentado y solo luego de pasar por todas esas pruebas, comenzaba a ocupar un lugar en el estante.

Había que ganarse ese lugar, no había espacio para cualquiera. Fue así cómo empezó a nacer mi biblioteca. Siempre me gustó despertarme por la mañana y verla. Esa fue mi primera victoria.

Entre los primeros libros que tuve, hubo uno en especial con el que aprendí las reglas de ortografía intuitiva, otro fue un diccionario destartalado pero en el que descubrí la etimología de las palabras. También una *Biblia* para niños, con las sorprendentes imágenes de Moisés abriendo en dos el Mar Rojo, *Carta al Padre* de Kafka, *La Importancia de Vivir* de Lyn Yutang o *La Mujer Rota* de Simone de Beauvoir, una mezcla bárbara entre Oriente y Occidente. Y también mucha poesía latinoamericana y española.

Después estaba todo lo demás. En el último cajón de la cómoda todas las revistas Billiken y Anteojitos que me regalaba mi prima después de haberlas usado u ojeado y recortado.

Por aquel entonces, en casa había como un mandato: yo debía recibir todo lo que pudieran darme, agradeciendo con absoluta humildad, casi reverencial. Así fue como entendí que para tener algo que fuera mío debía transformarlo en algo distinto, original, propio. Por eso, arreglaba las páginas incompletas o rotas, ordenaba las revistas por números y año. Separaba las que tenían los símbolos patrios o las que narraban alguna guerra.

En ese cajón todo debía tener un orden porque ahí también guardaba mi ropa. Esa combinación por casualidad o por falta de espacio me sirvió después para entender que las palabras eran parte de mi vestuario, de mi apariencia y que el mundo me vería a partir de ellas.

El mundo me vería a mí, como también vería a otros niños y niñas, y yo creía fervientemente que regalar libros salvaba —aún lo creo— por eso es que a los doce años, regalé todos mis fascículos, biblias, y libros clásicos de literatura infantil. Se trataba, en ese momento, de salvar a otros también, de compensar soledades y de una cruzada contra la tiranía de los adultos.

En la actualidad entro en pánico cuando no encuentro un libro. Comienzo a sudar, siento escalofríos, armo un alboroto a los gritos en toda la casa, parezco un huracán entrando a los dormitorios de mis hijos revisando sus bibliotecas como si me los hubieran robado. Revuelvo todo sin detenerme a escuchar ninguna explicación.

Un libro perdido no es una herida más. Es un ladrillo menos de palabras para la muralla que me protegió y me hizo ser quien soy.

Mientras el fuego escalaba en lo alto, solo podía pensar en cómo salvar los libros. No la casa, no la motoguadaña que termino de pagar el año que viene, ni el aire acondicionado, ni los muebles. Había que salvar los libros, porque mi biblioteca soy yo. Y ese fuego que los vecinos encendieron, como un acto impiadoso, me puso una vez más frente al recuerdo del ruido ensordecedor de la máquina de coser.

CON NOMBRES DE MUJERES

• • •

El enredo en mi cabeza comenzó un día cuando solté una pregunta al boleo en una reunión familiar: ¿Qué pasó con La Sarita? Parecía que había hecho la pregunta sobre la Pangea. La Sarita fue una lancha de pasajeros que —junto a otras lanchas, como La Hortensia— hacían el trayecto Santa Fe–Paraná antes que se terminara de construir el Túnel Subfluvial en el 69. Ambas pertenecían a la familia de mi abuelo y él las manejaba todos los días. Recorría las islas que siempre cambiaban de paisaje y había que conocerlas mucho para no perderse en ellas durante el recorrido. En el Diario *El Litoral* entre los años 2011 y 2021 publicaron varios artículos sobre las lanchas, sus historias y su final, pero no hicieron ninguna mención sobre La Sarita.

No fue hasta hace poco que descubrí indagando en las redes sociales, un grupo en Facebook, *Santa Fe Antiguo*, en el que habían subido una foto de ella. El padre de uno de los colaboradores de la página la había hallado hace muchos años y le sacó una foto. Gracias a él hoy puedo conocer algo de su final. Había quedado abandonada en el río Paraná, en alguna parte del atracadero, cerca de donde terminaba el recorrido la balsa. El encuadre de la foto había dejado afuera el resto de su nombre y sólo «La Sa...», podía leerse, media palabra, tallada sobre la madera, así como las historias que se hablaban en casa.

¿Cómo puede perderse un nombre?

A La Sarita la había buscado por años, porque nadie sabía qué había pasado con ella. Hablaban todos juntos, pero no decían nada en concreto. Dónde está, por qué no hay fotos, por qué se llamaba así. Todos parecían conocer algo de su historia, pero no decían nada. Me recuerda a María Fernanda. La tercera hija de mi abuela. ¿Nació viva?, ¿nació muerta? ¿Por qué nadie sabe dónde está enterrada? o ¿cuándo nació? Ni siquiera está anotada en la libreta de familia de mis abuelos. Lo que se sabe de ella es a medias porque se la nombraba a veces. Pero no hay nada más que un nombre que se encuentra perdido en el aire, así como La Sarita encallada en alguna parte del río Paraná. Ahora ya no deben quedar rastros de ella, ni rostros vivos que la recuerden como era en sus tiempos de gloria. ¿Quién la habrá visto por última vez y cómo la habrá registrado en su memoria?

Me quedo con la sensación del encuentro en el vacío.

La embarcación resistió por años, sólo pudo con ella lo que puede con todos: el paso del tiempo. Tal vez pueda con este relato rescatarla de las aguas del Paraná y de la derrota definitiva que es el olvido.

¿Habrán abandonado a La Sarita? Tal vez por aquella época era costumbre dejar las embarcaciones así, en un lugar sin nombre, sin ataduras, así como dejaron a María Fernanda. O habrá sido tan grande el dolor que dejaron de visitar su tumba y quedó olvidada. O no pagaron más su mantenimiento y fue a parar al lugar donde habitan los cuerpos sin historias.

La Sarita al menos fue una lancha con nombre, tengo el registro de una foto, de una existencia. Con María Fernanda sólo la experiencia narrada a medias de un parto debilitado, sin fuerzas, del ahogo de una voz —la de mi abuela— que nada pudo hacer para dar vida.

¿Cómo pudo una familia perder una tumba, una hija, una hermana nacida viva o muerta? ¿Cómo se pierde a una hija?

La Sarita, María Fernanda, nombres de mujeres abandonadas, olvidadas, que nunca podrán volver a la vida.

¿Cómo una familia puede perder parte de su historia? o ¿será lo inevitable? Todos nos perderemos con el paso del tiempo indefectiblemente.

Las historias de las lanchas encierran también otras historias. No eran lanchas que sólo iban y venían de Santa Fe a Paraná. Eran historias de hombres y mujeres que cargaban sueños, risas y llantos, cansancio, miedos y anhelos. Cruzando el río a veces entre tempestades. Un hombre que manejaba las situaciones precipitadamente como podía. Una mujer que lo esperaba siempre. Y una hija perdida, muerta, de la que nadie: nada. Nadie sabe dónde está y qué fue de ella.

¿Los muertos no tienen otro lugar en la familia, además de la tumba en un cementerio? Se puede perder una embarcación. ¿Se puede perder un cuerpo, una hija? ¿Cómo se pierde el recuerdo de una hija? ¿Cómo perdieron a María Fernanda?

Aún no sé bien cómo sucedieron los hechos. Mi abuela estaba embarazada de nueve meses, habían ido a una fiesta a la que no quería ir y mi abuelo había insistido, a la salida llovía torrencialmente y se habría mojado. Tuvo pleuresía, le pusieron tantos antibióticos inyectables de penicilina que había bajado mucho de peso y cuando llegó el momento del parto ya no le quedaba aliento para pujar. Las monjitas le decían que intentara con más fuerza, pero ella no pudo.

No sé si María Fernanda nació viva o muerta. Sólo sé que mi abuela, nunca más volvió a ser la misma. Quienes la conocieron en la juventud dicen que ella era una mujer alegre. No tuve la oportunidad de ver esa faceta de su vida porque cuando yo nací, ella ya era una mujer de voz apagada y mirada perdida. Marisa, la vecina de enfrente, me contaba cuánto había cambiado luego de lo que había pasado.

Para calmar el dolor, las monjitas le habían dicho que Dios le mandaría otra hija, hermosa y buena que se quedaría con ella para siempre. Fueron las palabras que mi abuela repetía siempre.

Después de algunos años —no sé cuántos— nació mi mamá. Y nunca más se dijo demasiado. Mi abuela la nombraba pero como si contara una anécdota que le había sucedido a otro. Sin embargo, nunca más se despegó de la cama. Y su vida se transformó en una pequeña caminata dentro de la casa, algunas compras por los negocios y saludar a algunos vecinos.

Los nombres propios parecen perderse en las arenas del tiempo. Las mujeres han parido en soledad y vivenciado la muerte de sus hijas solas. Han llorado en silencio esas pérdidas insustituibles y han legado el mensaje a nuestra generación de abnegación y silencio.

Mi mamá cumplió con el mandato de las monjas o del relato construido por mi abuela y nunca se separó de ella, la cuidó siempre hasta el último día de su vida. Mi mamá fue la hija nombrada para quedarse con su madre.

Qué triste la historia de mi madre. Ser la hija que llega a compensar un gran dolor con un destino escrito. ¿Cómo se supera ese gran dolor? ¿Cómo se ama a alguien que vino a compensar a quien no pudo ser? Pobre mi madre. Posiblemente nunca se sintió querida. O no tan querida. O quizás, por el relato que mi abuela repetía siempre, creyó que ese era su destino en la vida, su misión.

Mi abuela nunca pudo querer a María Fernanda. No tuvo la posibilidad. Tampoco sé cómo amó a mi madre. Porque, ¿qué amor recibe una hija cuando ese mismo amor era para otra que no se pudo amar? Pobre mi madre. Jamás debe haber alcanzado su dedicación, su ternura, su belleza, para llenar el vacío en su madre. Tal vez nunca se dio cuenta de que tampoco debía hacerlo.

No sé dónde está La Sarita, tampoco sé dónde está María Fernanda, pero sí sé dónde está mi madre.

Dónde y cómo escribió su historia en la mía, su dolor en el mío y su soledad inevitable en mi vida.

Las mujeres llevamos dentro —aunque no queramos— las historias de nuestras madres y progenie. Pero podemos reescribirla y elegir legar, tal vez, otras derrotas o derrotarlas y comenzar de nuevo.



[FOTO: ARCHIVO PERSONAL DE LA AUTORA]

LOS DIARIOS

• • •

Una voz de mujer hace muchos años me dijo que un diario era un amigo íntimo y yo le creí.

Un diario íntimo se escribe a solas porque de otro modo no es posible escribir lo que duele. El diario es un confidente en el que se puede encontrar abrigo y compañía con las palabras —esas amigas siempre dispuestas— que aceptan nuestra verdad y la edifican. Hay algo en la sutileza de quien escribe en soledad que me cautiva. Ese instante en el que la palabra aparece sobre la hoja para comenzar el tiempo de la escritura, el silencio de la congoja cuando las ideas corren más rápido que las palabras, cuando la oscuridad de contarle todo se avecina como tempestad para comenzar a crear otros mundos paralelos.

Comencé a escribir a los ocho años, con letra tímida en las hojas rosadas de un cuaderno que en la tapa tenía el dibujo de una nena rubia —rodeada de flores— y unos perritos a su lado. Todavía me acompaña el color azul de la microfibra —muy costosa por aquellos tiempos— y el placer de contar las historias cotidianas. Fue ese diario mi primer amigo y el inicio de la búsqueda más ardua de mi vida: la escritura.

Pero el gusto por comenzar a leer los diarios de otros, esa manía por espiar sus secretos, sus íntimos sentimientos o la manera de escribir sobre su dolor, comenzó muchos años después en la

necesidad de alivianar la marcha pesada, en el camino de esta indagación personal. O para averiguar si comparto las mismas tempestades con hombres y mujeres del pasado y si es posible que hayan caminado heridos por la vida y que encontraran en la escritura un lugar para refugiarse del mundo.

¿Por qué no me quedo dentro de mí?, dijo Kafka en sus cuadernos, agobiado por un mundo que lo lastimaba, anhelando tiempo para poder escribir, buscando amparo, esquivando el ruido y el aturdimiento. Mientras lo leo, escucho la melodía intensa de la soledad y el susurro de la primera verdad: es cierto, dentro de mí, estoy mejor.

Por eso, un diario es un lugar en el cual podemos permanecer dentro; es un lugar habitado por las palabras, por las historias que hemos narrado con nuestro ser más leal y en el que podemos quedarnos todo el tiempo que sea necesario para estar a salvo, para apartarnos de los fantasmas del pasado o de las urgencias del presente. Simplemente nos ausentamos del mundo impuesto y comenzamos a habitar un mundo construido por nosotros mismos.

Tengo la sensación que los autores y las autoras que leí en todos estos años escribieron sus memorias o diarios para soportar las decepciones con los otros, las mentiras propias y ajenas, para calmar la desesperante búsqueda del sinsentido de la vida o la angustia de la palabra escrita que no aparece en el momento justo. Escribieron para decir lo que no podían decir o decirse de otro modo. Encontraron en la soledad de la escritura un lugar para gritar su ira y sus derrotas.

Como buena buscadora que soy encontré en la librería *Los Diarios* de Abelardo Castillo. Sé que el autor ha escrito cuentos pero yo estaba buscando algo que me conmoviera y lo hallé en lo que escribía entre el 2 y el 14 de junio de 1993: «No sé qué fecha es hoy. Nadie está preparado para afrontar la muerte de su padre. Tal vez no vuelva a escribir nunca una palabra sobre él. No lo hice mientras vivió, no tengo derecho a hacerlo ahora. Fue el hombre que más quise en el mundo. No es cierto: fue el único hombre que quise».

Fue inevitable buscar en mi memoria qué pasaba por mi vida por aquel entonces, y descubrí que para el momento en el que Castillo

narraba la tragedia de seguir amando a quien no estaba, a mí me sucedía lo mismo. Yo amaba a mi padre, pero él no podía estar conmigo. No estaba muerto, sino ausente. Desde niña le escribí centenares de palabras en un cuaderno de tapa celeste azulada, en el que le dije de todas las maneras posibles cuánto lo amaba. Esas palabras fueron mi primera voz. A mi padre logré hablarle desde la escritura, elegí mi modo más genuino para llegar a él en la distancia, en el desierto de su voz. No importaba que la redacción fuera mala, reiterativa y hasta un tanto cursi. Yo le escribía porque lo extrañaba, por la necesidad de contarle muchas cosas, de ser escuchada, por la desesperación de encontrar un lugar que nos uniera, que fuera nuestro. A veces escribía como si las palabras gritaran enojadas, pero los gritos en la escritura no se escuchan. Hoy cuando retomo la lectura de ese cuaderno entiendo que mi padre fue el primer hombre al que amé en su ausencia, y fue quizás por esa ausencia que hallé mi otro amor: la escritura.

Tengo cuatro diarios escritos, pero ninguno llega más allá de mis veinticinco años, edad en la que me reencontré con mi padre y aunque nunca le lea esos cientos de palabras que le escribí entonces, quizás sí leamos éstas juntos y nos escuchemos otra vez, como cuando nos juntamos a comer o a tomar un té en su casa entre risas, anécdotas y abrazos.

El dolor de Castillo, mi dolor. Diferentes situaciones pero con la certidumbre de que hay alguien que entiende porque también ha atravesado el amor.

¿Será que leer el diario íntimo rompe con la temporalidad y permite transformar a ese escritor desconocido, en alguien cercano, en un amigo? Pude comprobar la cercanía de su voz a través del tiempo y sentir que al leer sus palabras, ella llegaba como un consejo. Él estaba ahí conmigo.

Creo conocer mejor a Castillo, a Kafka y a José María Paz que a la vecina de al lado de casa con quien hemos conversado miles de veces a través de los años. No es lo mismo decir que escribir.

Escribir sobre otros o sobre nosotros mismos en un diario íntimo, en un cuaderno celeste azulado, en secreto y a solas es

parecido al nacimiento del amor. Necesitamos contárselo a alguien, pero que nadie se entere y esperamos que se nos dé y que esa persona anhelada, nos vea, nos quiera, nos escuche. La escritura nace de allí, en ese vacío, en la duda, en la incógnita, en la espera de la respuesta del otro, de su voz. Es durante la ausencia.

Escribir en un diario siempre es un riesgo, algún día podrían salir a la luz los secretos más íntimos. El psicoanálisis, en mi caso, vino a reemplazar el diario y a profundizar aquello que no me doy cuenta que digo y que tiene significado.

Tal vez, la escritura, como el psicoanálisis, es un permanente diálogo entre la ausencia y la presencia del otro. Entre la palabra y el silencio. Con alguien que escucha: uno mismo, a veces el otro.

Conozco a Castillo, a Kafka y a Paz, he leído sus diarios, conservo en mi interior la sonoridad de sus voces. Los tres están mientras escribo. Así, como un amor tripartito: son la voz de un amigo, la soledad de quien piensa y la escritura de esas memorias.

La ausencia de la voz de mi padre fue otra cosa. Fue el origen de mi propia voz.

La escritura, para mí, es voz auténtica, porque la voz de quien escribe lo delata. Es imposible mentir en ella, en el sentido de escribirse, de relatarse y de contarse a uno mismo.

ADMIRAR Y AMAR

• • •

Llegué a creer que de haber nacido doscientos años atrás, este hombre habría sido el amor de mi vida. Reservado, de pocas palabras y mirada penetrante; amante del orden y de las órdenes, habría captado inmediatamente mi atención por su indiferencia. Esa misma que cautivó a la suertuda de Margarita, su sobrina.

Está claro que conmigo no habría sido incesto, pero tuve la mala suerte de nacer tarde, en un mundo no elegido. Esa es la desgracia que padecemos quienes estudiamos la historia. Amamos a quienes no pueden amarnos, anhelamos encuentros imposibles, charlamos con las memorias de los muertos y muy de vez en cuando caemos en la cuenta de que todavía no existen viajes al pasado ni máquinas del tiempo.

Pero Margarita, sí que tuvo suerte. Nació en el momento correcto, en la familia correcta y se casó con el hombre correcto o por lo menos con el hombre que ella eligió pese a todas las contrariedades de la época. Paz le llevaba unos veinte años. Pero a ella eso no le importaba. Por años había tenido que conformarse con noticias breves de sus heroicas hazañas en las guerras por la Independencia o conformarse con algunas visitas cortas que le hacía a su hermana, doña Rosario Paz. Y ahí estaba ella, espiándolo, amando su voz, el rostro curtido por el sol en los campos de batalla, su mirada sutil y penetrante que no le pertenecía. Margarita nada podía decir, callaba su amor con agonía.

En su última visita a Córdoba, ella disfrutó de su compañía, se acercó un poco más pero no demasiado y rogó a Jesús que ese hombre al que tanto amaba no cayera prisionero en cualquier redada.

Pero sus súplicas no fueron suficientes y apresaron a Paz. Por meses la familia no supo de su paradero. Hasta que llegó la información de que se encontraba en la cárcel de Santa Fe bajo el poder de Estanislao López.

Cuenta la historia que Margarita salió despavorida junto a su abuela Tiburcia rumbo a Santa Fe y que al abrirse la puerta del calabozo en la que se encontraba Paz corrió a sus brazos y se echó a llorar. Él, sintiendo vergüenza por su descuidado aspecto, en seguida dijo: nada de lloriqueos, mujer, nada de lloriqueos. Una pausa necesaria para las emociones que no podía manejar en ese momento. Imagino que un rato después, y ante la insistencia de ella, él le habrá dado las mil razones por las cuales no podían estar juntos: el vínculo familiar, la diferencia de edad, la cárcel, los riesgos, los probables destierros y persecuciones. Pero se ve que nada la asustó y se quedaría ahí con él, pese a él mismo.

¿Qué clase de mujer propone matrimonio en el siglo XIX y entrega su libertad a cambio del amor? Sin dudas una mujer osada, valiente y rebelde. Una mujer enamorada, como cualquier otra mujer y de cualquier época que se enamora a fuerza de deseo.

Tanto es así que Margarita hasta consiguió un capellán que ocultara la vergüenza de casarse con su tío. El pobre capellán rogó por las dispensas y tuvo que recurrir a la mímica para casarlos, porque los carceleros —que hacían de guardianes pero también de espías— estaban detrás de la puerta, dispuestos a delatar con López y Cullen todo lo escuchado u oído.

Cuando los carceleros abrieron otra vez la puerta y quisieron dar por terminada la visita, ella presentó los papeles del derecho a la convivencia y no hubo margen para la réplica. Una jugada maestra de una mujer audaz y determinada.

Y así lo amó, con devoción. Atendió cada una de sus necesidades, desde cortarle el cabello y afeitarse su rostro hasta conseguir cada

una de las velas que necesitó para escribir sus Memorias. La tinta y el papel jamás faltaron. Lo sostuvo cada noche cuando era amenazado con el Remanso —lugar del degolladero— y lo protegió de la crueldad de López a diario. Esa fue la luna de miel que pudieron tener entre el miedo y el espanto. Pero también se hicieron de momentos para el beso, la caricia y el consuelo.

Pasaron cuatro años juntos en ese infierno que llegó a su fin por pedido y orden de Rosas, para comenzar otro en Luján. Paz fue trasladado a otra cárcel, pero ya sin Margarita, quien aun suplicando a López la necesidad de estar con su marido fue arrancada de sus brazos, estando embarazada de su primer hijo. Pasaron meses de silencios, angustias, barcos, y penurias hasta que se les permitió a los amantes reencontrarse en la nueva y fría cárcel que dispusieron sus verdugos. En ella nació su primer hijo José María y moriría Catalina, su segunda hija.

Los viajeros de la época contaban pintorescamente cómo sobre las ventanas de la celda de Paz se oreaban blancos pañales celebrando la vida, sin saber que en la misma celda se lloraba de rodillas, la profunda oscuridad.

Fue la incomparable Margarita, como Paz la recuerda en sus Memorias, la que levantó sobre las ruinas del exilio, el sesgo de amor propio y dignidad necesarios para soportar las derrotas. Y fue ella también quien conociendo el dolor más profundo de las pérdidas, sostuvo altivamente al hombre que eligió como compañero. Podría decir, sin miedo a equivocarme, que si Paz fue derrotado en las arenas políticas, fue un hombre victorioso en el campo del amor.

Hoy descansan juntos en la Catedral de Córdoba, lo leí hace unos días en un artículo del diario. Apenas termine esta pandemia que nos está volviendo locos, voy a viajar a conocer el lugar, y tal vez me saque una foto como recuerdo. Y antes de irme, le voy a preguntar a Margarita —así reviento de envidia, claro— si valió la pena. Y temo que vaya a decirme que sí, lo valió.

LA CALLE QUE NO EXISTE

...

Resulta extraño hoy recorrer algunos lugares. Cuando pasás por el barrio centro de la ciudad de Santa Fe se ven otras cosas: los árboles ya no están, saltar las baldosas de las veredas sin tocar los bordes ya no parece tan serio e importante y no se ven a los chicos y chicas en karting corriendo carreras por el parquecito enfrente de la Cruz Roja. La línea de colectivo 3 ya no funciona y el transporte escolar que llevaba a la escuela Belgrano tampoco. La cerrajería de Gasparotti, la de calle Juan de Garay al 2400, cerró hace unos años y la panadería Centenario del gordo Godano que hacía las tortitas negras más ricas, fue reemplazada por un edificio gris hielo con ventanas anti claridad.

Cuando vas por la calle 25 de Mayo y Rosario, los cubanitos de dulce de leche de Teló fueron cambiados por otro gigante sin sentimientos. Y el cielo, que se veía nítido por aquel entonces, hoy se viste con algunos destellos, reflejos de autos que vienen y van por la avenida inmensa, que desemboca en el Puerto o en Santo Tomé, Rosario o Buenos Aires.

Antes te era más fácil llegar e irte de los lugares. Caminabas unas cuadras desde tu casa y ya estabas en el centro. La senda peatonal de la calle San Martín tenía, como mucho, siete cuadras. Todas iguales, con los mismos comercios. Casa Tía era el sitio de las compras y si te olvidabas de algo pasabas por el mercadito de Tota, y listo.

Aprendías rápido los nombres de las calles y enseguida te ubicabas si te perdías. Sabías que si salías a las 8 para la escuela Belgrano y cortabas camino por calle Buenos Aires, podías volver por el mismo lugar sin problemas.

Pero un día cuando regresaba no encontré por ningún lado el cartel con el nombre de la calle Buenos Aires. Quedé petrificada. Y ahora, ¿para dónde debía ir? Por error y siguiendo el pésimo sentido de la orientación (que aún me acompaña) —por ejemplo, cuando voy a la zapatería y me pruebo un zapato siempre me lo pongo en el pie equivocado— agarré para otro lado. Y me perdí.

No puedo explicar el dolor en el corazón que comencé a sentir cuando cruzaba de cuadra y no reconocía ninguna fachada. La desorientación, el miedo de no volver a ver a mi familia, de nunca más volver a casa. Eso que a mí me pasó por unos minutos cuando tenía nueve años, sé que a otros les pasó con su vida y con su identidad y que aún continúan buscando el camino de regreso a casa.

Con la democracia «se come, se vive y se educa», dijo Alfonsín y las calles cambian de nombre. Buenos Aires se transformó en Monseñor Zazpe, Rosario pasó a llamarse Lisandro de la Torre, y Catamarca, Eva Perón. Y desde ahí todo fue diferente.

Qué ganas de complicarnos la vida. Buenos Aires era un lugar conocido por todos en aquel entonces. Pero para el año 83, con la necesidad de sacar a la luz lo que había pasado durante la última dictadura militar, se buscaba poner en valor a ciertas personas que habían luchado y arriesgado sus vidas para salvar a otras. Pero para nosotros, que aún éramos niños y que no entendíamos nada, decir Monseñor Zazpe, era como nombrar a un obispo viejo y calvo, de los que veíamos siempre en la Catedral Metropolitana.

En casa sobre esos temas no se hablaba, en la escuela tampoco, pero sí se podía ver desde el Palomar —cuando te llevaban a pasear para darles de comer a los peces de la fuente y a las palomas— las máquinas excavadoras y los montículos de tierra por toda la Avenida Alem. Cuando le pregunté a mi abuela qué estaban buscando, ella me dijo sin muchas vueltas: cuerpos. Y yo pensé en aquel momento

a quién se le ocurría enterrar a sus familiares allí, teniendo un cementerio para hacerlo.

Alfonsín no tenía la culpa del cambio de nombre de la calle, porque fueron los ediles municipales quienes tomaron la decisión. Pero sentía en el aire que se estaban tomando otras decisiones que cambiaban mi pequeño mundo y que poco o nada podía llegar a comprender. Cuerpos, estaban buscando cuerpos.

Después de muchos años investigué quién había sido Monseñor Zazpe, su lucha por los derechos humanos y la entrega a las causas justas, las denuncias que realizó por la desaparición de personas durante la dictadura. Pero pese a que comprendo lo que ocurrió y que admiro el valor que tuvo para hacer lo que hizo, siempre voy a sentir nostalgia por aquella calle que aún los vecinos nombran de la misma manera: Buenos Aires, ciudad de la Revolución de Mayo; ubicada a una cuadra de la Plaza principal, a doscientos metros de la Casa de Gobierno, a pasos de la Iglesia Inmaculada, de los Tribunales y de la Catedral. Buenos Aires, ya no está. Están todas las calles con los nombres de las provincias de la República Argentina, de norte a sur en la ciudad, pero ella ya no existe.

Zazpe nunca se enteró de ese cambio porque murió antes. No sé si le habría importado que un lugar tuviera su nombre. Era un hombre despojado de protagonismo. Pero a los que gobiernan muchas veces les gusta la pompa y el platillo y a la Iglesia Católica mal no le venía depurar un poco su imagen. Después de todo, qué mejor reconocimiento para expiar culpas que ponerle el nombre de un Monseñor vinculado a los derechos humanos a una calle sobre la que funciona el Seminario.

Sin embargo, ¿tienen idea lo que cambian quienes toman ese tipo de decisiones? No se trata sólo de nombrar un lugar sino también de las historias de vida que se narran con esos nombres y que le dan un significado particular a nuestra historia. O de las preguntas que se comienzan a hacer a partir de un cambio como ese.

Buenos Aires narra para mí, las caminatas diarias a la escuela Belgrano, los abrazos de los amigos de la infancia, las competencias

sobre las veredas saltando a la soga o jugando al elástico, nuestros pasos cortitos y apurados para llegar a casa con las mielcitas chorreándonos las caras, y narra también la mitad del alfajor que tu amiga compartía con vos de la panadería Monserrat que era la más cara del barrio. Por Buenos Aires susurran las voces de los niños y niñas inocentes que fuimos, la misma inocencia que se perdió con su desaparición.

Zazpe, en cambio, me cuenta otra cosa. Me recuerda a un período de nuestra historia de violencia, tortura, robos de bebés y muerte; de la búsqueda de cuerpos que esperan recuperarse para ser abrazados o enterrados. Por Zazpe se escuchan las voces de los desaparecidos y de los nietos no recuperados. El recuerdo de máquinas excavadoras, los montículos de tierras, y el horror de pensar en mi niñez que podría haber cuerpos allí, enterrados, tirados, sin nombres.

Buenos Aires ya no existe, así como cuando te das cuenta que no existen las hadas y los duendes, los dragones enojados y las bellas durmientes. Existe Zazpe y lo que representa.

Sin embargo voy a continuar diciendo cuando camine por esa cuadra que voy por Buenos Aires.

Un cambio de nombre a veces puede pasar desapercibido pero siempre tiene un significado. Es el antes y el después de un acontecimiento. Y eso es lo que tendríamos que poder nombrar, lo que aún cuesta creer que nos pasó como sociedad.

La vida era tranquila y segura por la calle Buenos Aires, eso creíamos o elegíamos creer o nos decían que creyéramos. Zazpe vino a develar la Historia.

LA VERGÜENZA

• • •

Cuando era chica las cosas siempre fueron así. ¿No, mamá? Las reuniones en las que participaban tus hermanos, algunos primos y primas, desembocaban en discusiones, hasta que tu padre pegaba un grito golpeando la mesa y no quedaban ni las migas de pan al ras del suelo. Después de alguna que otra lágrima, tu madre se levantaba en silencio, pedía permiso y en voz baja nos deseaba a todos buen provecho. Recuerdo haber pensado en aquellos momentos: ¿Buen provecho de qué, abuela?

Con pasos cortos, arrastrando sus pies, así como su vida, terminaba sentada en la cama mirando hacia un punto indefinido. Yo, chiquita, asomada —y escondida detrás del postigo marrón de la puerta— quería saber si en su corazón también había una herida.

A veces vos llorabas, te enterrabas en la habitación, único lugar donde podías escapar de esos hombres que te decían: «Vos callate porque sos culo en esta casa». Recuerdo rodearte con mis brazos cortitos, acariciar tus mejillas mojadas, calmarte y esperar que el silencio volviera. Nunca entendí cómo hiciste para aguantar todo eso.

Te encontré hace poco escribiendo la historia de tu familia, garabateabas flores alrededor de las palabras y me pareció que intentabas adornar aquellas historias. Me senté cómodamente a tu lado para hojear algunas páginas y ni bien comencé la lectura, me di cuenta de que las mujeres apenas aparecíamos. Estaban nuestros nombres,

algunas fechas importantes, como la de nacimiento y en algún caso, de deceso, pero no mucho más. Estabas escribiendo desde y para tu padre, y toda tu progenie masculina. En los relatos, por ejemplo, describías las hazañas que él hacía con las lanchas por el río Paraná en días de tempestades cuando era muy difícil llegar al puerto sin perder algún pasajero en el camino. Le decían El Tigre porque había nacido en esa localidad de Buenos Aires, y porque era, además, audaz y tenía un carácter gruñón. Creo que fueron indulgentes en la descripción. ¿Sabías que hasta el día de hoy les tengo miedo a los tigres? Ellos saben muy bien cómo despedazar a sus presas.

Pero lo que vos contabas, eran las historias que circulaban en la familia, sin embargo, la ausencia de las hazañas femeninas y los pocos datos que aportabas sobre las mismas, me llevó a recordar que nosotras estábamos ahí por añadidura, por esas cosas perversas que tiene la vida. Así como sucedió hace cuarenta y siete años, cuando nació yo y la partera dijo: ¡¡Es una nena!! y se oyó tu voz decepcionada que dijo: ¡¡¡Oh, no!!!, ¡qué mala suerte! Las parteras se enojaron, y te dijeron: ¿Cómo vas a decir eso?, haciéndote sentir culpable. Pero lo que ellas ignoraban era que en casa se esperaba un varón, para salvar algo de la vergüenza de que fueras madre soltera.

Tal vez el silencio en la mesa después del grito es esto, pensé. Fue mala suerte para tu familia que yo naciera y encima nacer como mujer, y es mejor callarlo, arrastrarlo con los pies hasta la cama. Como lo hacés vos mamá, sin darte cuenta. Como intento evitarlo en mi hija Anna, al contarle esta historia.

Por eso los gritos en casa, ¿verdad? Somos culo. «Vos, callate, que vos SOS culo en esta casa». Yo tenía la marca de la bastarda, así como lo dijo un día tu hermano, Pocho, ¿te acordás?, o ¿ya te olvidaste cuando te agarró del cuello en la cocina y te azotó contra la heladera por la noticia? Sin embargo y pese a todo lo amaste siempre y continuás llorando su muerte. Al otro, al que aún está vivo, podés mandarle de regalo un par de zapatitos para la bisnieta, los mismos que te negó para mí cuando tenía cinco años. Es que no tenías dinero para calzarme por más que trabajaras hasta las doce de la

noche todos los días. Yo sé que sufriste por eso. Sentí tu vergüenza en tener que pedir, sentí pena por vos, porque vi cómo te tragabas el orgullo y continuabas charlando como si nada. Aun así, lo llamás por teléfono todas las semanas para saber cómo está o si necesita algo.

Los hombres de tu familia, únicos dueños de la voz y de la palabra, te decían tantas brutalidades. Y te las dijeron por muchos años y en todos los tonos posibles: «Salí y volvé preñada, ¿sabés? », decía El Tigre, cuando ibas de mañana al centro a comprar unos botones e hilos para ganarte unos pocos pesos cosiendo y tener el dinero para el Día del Niño y así poder comprarme la muñeca que yo tanto quería. «Callate, que vos sos culo en esta casa» —él repetía a los gritos— cuando querías ser madre conmigo o poner algún límite.

De tanto escucharlos, les creíste. Y ahora, de grande llegaste a la dolorosa conclusión de que los culos no tienen historia.

Yo vi a esos hombres, los escuché. Y aún los odio por eso. Entonces, no puedo culparte.

Escribí esa historia con voz de padre, a tu padre. Al Tigre. También lloraste su muerte y lo seguís buscando en otra voz y te entiendo. Pero que esa historia quede sepultada allí, en esos papeles garabateados de flores que acallan tu voz de mujer, de niña, que perdona o justifica las brutalidades recibidas.

Enterrala ahí, en casa y que muera con los tuyos. Uno a uno se están yendo.

Pero vos, por favor, no te vayas.

LAS LIBRERÍAS

• • •

Luego de meses de encierro por la pandemia, volví a las librerías. A veces me pongo difícil. Pueden pasar horas de búsquedas exhaustivas sin que ningún libro logre cautivar mi atención. Los libreros ya me conocen. Me miran de vez en cuando, hacen una que otra mueca pero nunca estoy segura de qué piensan en realidad, podría ser: ¡pobre mujer, estará perdida! o ¡nada le viene bien! ¿Qué libros o cuántos comprará hoy?

Preferiría que pensarán que soy una apasionada en la búsqueda de esas palabras que nunca encuentro, de esas ideas que jamás pensé o que nunca interpreté de ese modo ni de otro y que un autor lo hizo por mí. Pero seguramente a ellos no les importa qué lleva a una mujer cuarentona a estar tres o cuatro horas buscando lo imposible.

Me gusta creer que compartimos la pasión por los libros, y que intuyen que los momentos que vivo en sus librerías, mirando los títulos de las obras que exponen en primera plana sobre las mesas, o los que por olvido quedan escondidos en el último estante rozando el piso, son lo más maravilloso de mi semana.

Porque los libros están a la espera del hallazgo, que nuestras manos los tomen con curiosidad o desesperación y los abran. En esos momentos aparece la voz del autor mezclada con el entorno, el bullicio de la gente que va y que viene, los chicos que se quieren ir a tomar un helado y la mamá que les dice que esperen un ratito más,

o la escalera que está en el medio del sector al que querés llegar y las cajas de libros nuevos amontonadas que recién bajaron los comisionistas. Entre todo eso el personaje del libro resiste y existe por sí mismo narrando una historia. Sucede el encuentro.

Leí por ahí que toda lectura comienza por los ojos. ¿Pero qué ojos son los que miran por primera vez un libro? ¿Con qué sutilidad, o asombro, temor o duda nos acercamos a un título o a otro? ¿Qué es lo que nos lleva en determinados momentos de la vida a elegir ficción o terror, ensayo o no ficción, poesía o microrrelato? ¿Qué es lo que sucede en nosotros en esos instantes de búsquedas que nos desorienta dentro de la librería de acá para allá sin hallar lo que buscamos? A veces puedo pasar horas sin un libro en las manos, pero siempre mantengo la sensación de que intento buscar respuestas en otras voces que no sean la mía. Porque los libros siempre nos dicen algo.

Recuerdo que en mi infancia, en un estante, debajo de la ventana del comedor, mi abuela colocaba libros. No sé de dónde los sacaba, algunos tenían el sello de Castellví, una editorial muy antigua en Santa Fe. Entre ellos, un día, hallé Voces de Porchia, el libro está compuesto por aforismos con temas que yo no podía comprender en aquel entonces y que aún retomo en los momentos en que no entiendo nada de la vida. ¿Por qué debería hacerlo?

Mi tía Tere entendía algunas cosas. Era bibliotecaria de título pero no de oficio. Amaba los libros. Contaba que cuando ella era chica no tenía nada a su alcance para leer, excepto un extenso y completo diccionario Salvat. Y con orgullo decía que lo había leído entero. No lo dudo. Su vocabulario era amplio, enriquecido por otros libros —raros según mi mamá— como Simone de Beauvoir, Sartre, Kafka y su biblioteca siempre estaba abierta para mí. Algunos fines de semana cuando iba a su casa a arreglarle el jardín, me escapaba hacia el living y recorría con la mirada esos misteriosos libros, sin atreverme a tocarlos. Nunca le pedí prestado alguno, pero ella sabía que a mí me gustaban. De algún modo me transmitió esta pasión por las librerías. Nunca me llevó a ninguna, sin embargo, charlábamos sobre cuáles visitaría en su próximo viaje por Europa.

Las librerías ocupaban un lugar importante en su itinerario. Era una mujer apasionada, que estudiaba inglés aunque no pudiera hablar ni una sola palabra y que persistía por el mero placer de aprender, de compartir tiempo con un idioma que no lograba pronunciar.

Apenas abrió Mauro Yardín —por calle San Martín y La Rioja— creo haber sido una de sus clientas más asiduas, aunque no podía comprar nada. Con diecisiete años, miraba con ansiedad los libros apilados en las mesas ubicadas en el centro del local. Por aquel entonces, la librería no tenía tantos como ahora, eran sus inicios así como los míos. Fue allí donde aprendí a conocer algunas editoriales españolas, a distinguir los géneros literarios. Me gustaba ver cómo Mauro proponía que era posible comprar libros haciendo las ofertas de tres por cien pesos, pero ni aun así yo podía acceder a ellos. Mis cumpleaños eran los días indicados para pedir un libro nuevo de regalo con olor a librería. Mi tía fue quien siempre me los regaló. El último antes de su muerte fue *Noticias de un Secuestro* de Gabriel García Márquez, nunca pude leerlo. Después heredé su biblioteca y con ella, autores que no encontraba en las librerías de usados, muy de moda en los noventa.

La librería Ferrovía apareció en una búsqueda diferente. Me gusta llamarla la del techito rojo, porque es un detalle que me atrae aún hoy, después de quince años que soy clienta. Tiene ese no sé qué que nunca he hallado en otra librería. Sus pisos de madera, el gato blanco a las vueltas, las máquinas antiguas entre los libros, el crujir del piso a medida que caminás por sus pasillos, la música de blues que acompaña la visita, la media luz, el silencio, los libros dispuestos en las mesas como quien los deja al pasar y uno cae en la trampa de hallarlos por casualidad. Ferrovía tiene el encanto de sus librereros, de Bibi y Santi que te cuentan sobre cómo llegaron a algunos libros, sus viajes por las ferias de Francia y otros países, en la librería yo siento la presencia de los autores, sus voces. Tal vez porque llegó a mi vida con mi independencia económica, cuando pude comprar mis primeros libros, sin pedirle dinero a nadie o que me los regalaran por un cumpleaños. La librería fue el lugar cuando buscaba la magia

de algo diferente y quería un lugar propio por unas horas o cuando quise animarme a la pregunta tremenda mientras estaba agachada en el piso sacando un libro de Michèle Petit por si no me había equivocado de profesión, tal vez la docencia no era lo mío, más allá que todos dijeran que era buena enseñando. Aún hoy me sigo preguntando. Y sólo tengo la certeza de que cuando estoy entre los libros, y las librerías, escribiendo y leyendo, así soy feliz.

No importa cuántos libros lleve, a veces pueden ser sólo cuatro o cinco, otras diez, tal vez más. No importa que la tarjeta de crédito explote en doce cuotas con interés y se acumulen. No tiene precio salir riendo de una librería, sabiendo que los próximos días de tu vida serán grandiosos entre los nuevos libros.

Pero también en la librería compartí otros momentos. He llegado a ella con la derrota encima, aplastada, y sufriente. Recuerdo un día que me fui para el sector de libros ilustrados. Y me encontré con el clásico de Blancanieves, no era tan clásico, estaba ilustrado por Benjamin Lacombe. Este ilustrador tiene una sensibilidad incomparable para transmitir en las expresiones de los rostros de los personajes lo que sucede en la escena del relato, me encanta. Hojeando llegué a la parte en la que Blancanieves está tendida en el suelo luego de morder la manzana envenenada y allí me detuve. La miré y me vi en esa escena. Yo me sentía así, no porque estuviera envenenada o desmayada, sino derrotada. Me emocioné a tal punto al ver el dibujo que se me piantó un lagrimón. ¿Cómo puede ser que un dibujo en un libro me hiciera eso? A veces sucede, vas por la vida creyendo que podés salvar el mundo y de pronto te hacen dar cuenta que ni Cristo crucificado consiguió hacerlo.

Blancanieves, al final del cuento, despierta con el beso de un príncipe hermoso. Sobre ese final la verdad es que prefiero más que un hermoso príncipe, uno bueno. Y que sean los libros quienes me despierten del adormecimiento de lo cotidiano y a veces hasta algo banal de la vida. Los libros te atrapan, te sacuden con sus historias y me encanta enroscarme con sus fantasías. Después de todo, un libro es una huida, una escapada, una posibilidad de vivir algo más.

Todo eso puede suceder en una librería, cuando en una acción tan simple de ir a comprar un libro te encontrás rodeado de un mundo de palabras e historias encerradas entre tapas que no ves ni escuchás hasta que lo abrís.

Y así como busco libros diferentes también continúo en la búsqueda de librerías que ofrezcan algo más. Del otro lado de la ciudad y de Ferrovia, está Del Otro Lado Libros. Y digo que está del otro lado de Ferrovia porque yo siento un poco que traiciono a mis librereros cuando recorro otros lugares y compro en otras. Daniel, a quien apenas conozco, es muy amable. Ese día estaba buscando algo para Anna —mi hija adolescente— que andaba mal de amores. De moda está Lorena Pronsky, y esos libros ya se los había comprado en Yenny en el Shopping. Daniel me ofreció una variedad de títulos diferentes de la editorial Sudestada de una autora joven, bloguera, que yo sin haberme dado cuenta ya seguía en Instagram, Cinwololo. También tiene la particularidad de ofrecer y promover los libros de autores locales, y eso me pareció un gesto amoroso, de reconocimiento al trabajo del escritor. Fue así que me llevé *El Magún*, de mi querida Larisa Cumin y vi sobre el mostrador la reciente publicación de Claudia Chamudis con quien tuve el placer de trabajar un tiempo en el Normal. La cercanía. Los autores son accesibles, hasta podés encontrarlos un día comprando como vos en la librería. Eso me gusta de Del Otro Lado Libros.

Si bien nunca me destaqué en caligrafía me atraen las plumas y las tintas azules, los trazos sobre diferentes texturas de papel. Los colores. Hace unos años Anna quiso aprender lettering y fue la excusa perfecta para llegar a la Librería Letra e. Eliana, su dueña, es encantadora. Ama los detalles, es ingeniosa, audaz, innovadora y tiene un lugar al lado donde se realizan talleres de escritura, pintura, dibujo entre aromas, incienso, destellos de luces. Hay una mesa redonda gigante. Actualmente asisto a un taller de escritura. Somos un grupo muy variado: hay poetas, músicos, artistas plásticos y yo, que desentono un poco porque escribo no ficción. Nos conmueven nuestras historias, compartimos algunos temores como el terror a la

hoja en blanco y allí entendemos que si bien escribimos a solas, no estamos solos.

Voy buscando por las librerías un lugar de pertenencia. Como si uno fuera un ciudadano de la antigüedad y la librería la acrópolis. Esa ciudad de los vivos, en lo más alto, resguardando lo sagrado, lo más importante que una civilización debe resguardar.

Cuando viajé hace un tiempo a Villa Gesell, salí así, con la actitud de encontrar una librería que me hiciera sentir eso y la hallé al lado de un local que vendía sombreros de todos los modelos, colores y tamaños. Me compré uno negro, con forma de bóveda, con un moñito al costado del mismo color, de paño grueso. Me siento graciosa cuando me lo pongo en la cabeza para hacer esos recorridos. Se volvió mi sombrero distintivo para salir a visitar y conocer librerías. Es que reírme de esas zonceras alivia el momento de la despedida. De tener que irme de ellas.

No me gusta hacerlo. Debería pensar en diseñar un conjuro mágico que haga realidad la promesa de que voy a volver a ella algún día. Aunque prefiero creer que nunca nos vamos del todo de los lugares que amamos, así no hay necesidad de decir adiós.

A veces me pregunto cuándo y cuál será la última visita a una librería. Cuáles serán las últimas palabras que escriba, o el último libro que lea. Sé que esas preguntas no tienen respuestas, como otras tantas que tiene la vida, como todas las que despiertan los libros. Por eso cuando abrimos la puerta de una librería cruzamos el umbral de nuestro tiempo dedicado a la lectura y a la escritura, a la compañía de los libreros, a los libros de los autores que amamos y de los que aún no conocemos, a las historias de los mejores encuentros y desencuentros, a las preguntas abiertas.

Transmitir un deseo tiene consecuencias. Mi tía sin saberlo había despertado la búsqueda de un lugar. Y recorrer las librerías tratando de hallar otras voces, y modos de pensar y sentir es una manera de ir por la vida al encuentro del otro.

LA PREGUNTA

• • •

Según Octavio Paz, las personas nos hacemos una pregunta que aguijonea hasta que es respondida. Él decía que los libros necesarios, es decir los grandes libros, son los que responden a este tipo de pregunta. Podemos pasar la vida buscando —incesantemente en la voz de los otros— la respuesta o tomar coraje y hacerlo por nosotros mismos.

Para quienes deseamos escribir, las historias pueden comenzar cuando nos hacemos las preguntas: ¿Por qué necesito escribir? ¿Qué busco en la escritura?

Después de varios días de revuelos y volteretas por el fuego que iniciaron en su patio unos vecinos en Laguna Paiva y que puso en riesgo mi biblioteca, decidimos volver a nuestra casa de Santo Domingo. Las mudanzas pueden ser verdaderas torturas en el tiempo. Antes que comience (pensando en todo el operativo), durante el traslado (la fuerza, el desgaste, el cansancio) y el después (ordenar, sacar lo que estaba en los placares, dar lugar a lo otro que no siempre es nuevo) cajas y más cajas, bolsas, y objetos inservibles de acá para allá. No podés creer cuántas cosas tenés hasta que hacés una. Jurás no comprar nada más, nunca más (excepto libros, obvio).

Mudar la biblioteca requirió seis viajes. Las plantas otro tanto. Y después el resto de los objetos de uso familiar: ollas, cucharas, platos, vasos, ropa (de verano, de invierno y la de por las dudas), las quejas

del marido, la de los hijos que no entienden por qué una tiene tantas plantas, tantos libros... Es más, Anna en un momento de agotamiento mental y físico me dijo, si voy a ordenar esto con vos, los cuento. ¿Sabés mamá, cuántos libros tenés? Y la verdad es que nunca los había contado, nunca. Total: 1237, sin los fascículos y los libros de ella.

Las tazas son un tema aparte: todavía guardo las tres primeras que usaron mis hijos. Las teteras, nuevas y antiguas, los toallones amarillos (siempre digo que los voy a blanquear con lavandina pero nunca tengo tiempo). Los pinceles, los acrílicos, las acuarelas, los cuadros, el mantelito bordado al crochet por mi mamá, las agarra-deras, el shampoo que todavía sirve y, en el medio de todo eso, los broches que siempre aparecen en cualquier cajón, de la cocina como de la mesita de luz. Los broches son el testimonio de cómo una anda por la casa todo el tiempo.

Cargás todo en el camión y te despedís una vez más. Nunca más voy a volver a estar en esta casa. Ella se queda con parte de nuestra historia.

Cuando el camión llega a Santo Domingo parece la llegada de un tsunami. A los gritos todos comienzan a dar órdenes de cómo bajar cada cosa sin arruinar otra. Y hay una casa que se abre a lo que llega, y que debe hacerle un lugar a lo que no estaba.

Antes de que llegara todo, hice espacio en los placares. Hacía unos días que venía buscando el diario de mi vida y no lo podía encontrar. La cuestión es que después de dar vuelta todo, lo hallé en una bolsita de Avón (ni idea de cómo llegó esa bolsita porque no me pinto nunca). Para mi sorpresa había otros papeles más: un cuaderno de tapas blandas, con la narración del último viaje que hizo mi abuela antes de morir a las Cataratas del Iguazú. Pero lo sorprendente estaba en la última hoja. En un trozo de papel de calcar y escrito con letra inclinada hacia abajo, la última carta que mi bisabuela le escribió. Se ve que mi abuela la guardó como un tesoro, tal vez el único que tuvo de la madre en su largo viaje de 76 años.

En la carta, mi bisabuela con letra entorpecida por la incipiente ceguera se lamentaba de no poder ver su escritura. Se lamentaba de

no poder ver el acto de escribirle a su hija que la amaba. La escritura en ella —más que la voz de la palabra— tenía un valor incalculable. En casa había teléfono y es casi seguro que todo lo que había escrito en ese papel se lo debe haber dicho de otra manera. Sin embargo, para ella no era lo mismo.

«Te quiero, hija», fueron las tres últimas palabras que escribió.

Ese trozo de papel contenía, además de todo el amor, el dolor de no poder leer las palabras escritas. Porque no alcanzaba con decirlo, había que escribirlo, para que fuera una verdad. La importancia residía allí. Tal vez por eso mi abuela siempre repetía el dicho: a las palabras se las lleva el viento, cuando alguien prometía —oralmente— demasiado.

Ayer una amiga, que perdió hace poco a su madre, me contaba que nunca dimensionó lo importante que sería releer las cartas que entre ellas se escribieron durante los diez años que vivió en Buenos Aires. «Escucho la voz de mi madre, ¿podés creerme?» Claro que le creo, si yo no recuerdo la voz de mi abuela salvo cuando la leo.

Es una pena que mis hijos no tengan cartas mías. Es que se ha perdido su uso. Ahora casi todos nos comunicamos por WhatsApp, pero los mensajes se eliminan, los teléfonos se rompen, los audios se pierden. Por eso escribo, tal vez para que les quede mi voz en la ausencia definitiva, o para no irme nunca de ellos.

Los libros, las palabras, se escriben en algún lugar. Este se está escribiendo en Santo Domingo, mi lugar en el mundo, donde levantamos sobre su tierra y sobre su historia, la nuestra y donde mi estudio, la biblioteca y mi familia, están a salvo del fuego.

AMA DE LLAVES

• • •

Me regalaron una llave antigua que tiene en su interior símbolos inscriptos. Cuando la vi decidí que no la iba a usar como llavero, sino que la iba a colgar en mi cuello, como un amuleto. Comencé a buscar entre los libros de simbología qué significado tenían esas inscripciones y encontré que se trataba de una iconografía muy antigua de la cristiandad con una frase en latín que protege a las personas contra el mal. No sé si creo demasiado en el sentido religioso del bien o del mal, pero sí sé que las llaves abren y cierran puertas y que a mí me intrigaba saber cuáles podría abrir o cerrar esta que tenía colgada y que llegaba a la altura de mi corazón.

Así comencé a ir con la llave a todos lados, cuando fuimos a Mar de Ajó de vacaciones con mi marido y con mis hijos. Una tarde, antes de bajar al mar, frente al espejo del baño, la llave se impuso a modo de revelación. Mi bisabuela era un ama de llaves.

Ella tenía unos trece años cuando llegó a San Isidro. Apenas podía trenzar sus cabellos desordenados y disimular el acento torpe y un tanto tosco de las afueras de Concordia. Era pobre pero con descendencia orgullosamente patricia —de aquellas primeras familias que habían luchado por defender la patria en 1810. De grande lo recordaba en las sobremesas familiares cuando la visitábamos con mi abuela y mi mamá, en Mar del Plata. Contaba que su madre descendía de un gran caudillo argentino que tenía estatuas hasta en

Uruguay. En esa época, a mí me parecían relatos aburridos de una mujer que necesitaba hacerse escuchar aunque tuviera que inventar esos relatos y sembrar la duda. Después de muchos años hice algunas investigaciones y es probable que ese gran caudillo fuera el General Urquiza. Sabido es que tuvo muchos hijos naturales. Posiblemente su tatarabuela fuera una de ellas.

De su infancia sé muy poco. Que tuvo poliomielitis y quedó parálitica por varios meses pero que a fuerza de su propia voluntad, pudo sobreponerse. Concordia parecía ser un lugar de pestes y enfermedades en esa época. Cuando el cólera azotó a la localidad, a su abuelo lo escondieron en un baúl para que los inspectores sanitarios no se lo llevaran. Pobre hombre, encerrado en un cajón antes de tiempo. Pero mi bisabuela lo contaba como una anécdota muy graciosa, mientras decía que se quemaban en una fosa común los cadáveres infectados junto a los objetos personales de la gente para terminar con la epidemia.

¿Cómo habrá sido esa niña que corría detrás de los trenes a la hora de la siesta, atrapando mandarinas del jardín de su casa? Cuando la conocí ya no habían quedado rasgos de quien había sido.

En su infancia no estuvo sola. Tenía hermanos y hermanas. Lo sé porque investigué en los archivos de la parroquia San Antonio de Padua, en las actas bautismales intentando encontrar respuestas a los agujeros de su vida. Habían sido nueve en total. Mi bisabuela fue la tercera en nacer y Leonor la última, de quien ella decía en casa con cierta vergüenza que estaba loca. Pero vaya una a saber a qué llamaban locura en una mujer a principios del siglo xx. Lo cierto es que Leonor fue a la única que mencionó y no sé por qué nunca habló de los otros.

También me enteré en esa búsqueda —utilizando lupa, porque la letra era casi ilegible— que tuvo un hermano, Miguel, quien murió a los cinco meses de edad, por coqueluche o tos convulsa en 1912 y que el acta de defunción está firmada por mi tatarabuelo, así como todas las actas bautismales. Es una pena que las mujeres no pudieran firmar el nacimiento o defunción de sus propios hijos. Sí podían

parirlos, criarlos y hasta enterrarlos, pero no podían escribir con su nombre el lugar de madre. Tal vez a mi tatarabuela no le importaba, o ni siquiera lo pensó. Nemesia Romero, escrito por un notario que certificó que ella era la madre del fallecido. Nunca conoceré su caligrafía, el trazo, la intensidad, las formas en que dibujaba determinadas letras; algo más que me hable de esa mujer de la cual mi abuela llevó su nombre toda la vida y que con orgullo ruleteaba la primera letra del nombre, la N, altiva, con aires aristocráticos.

Y así como las mujeres no aparecían en algunos lugares importantes, supongo que de la misma manera mi bisabuela fue entregada por su padre a alguien conocido de la familia —como era costumbre de la época— para que la llevaran a trabajar de sirvienta a Buenos Aires, porque de otra forma no entiendo cómo llegó con trece años a una de las casas más lujosas de la oligarquía argentina: la casa de los Anchorena en San Isidro.

Ella contaba que la señora era brutal, y que la golpeaba mucho. Un día lo hizo en el frente de la casa, a la luz del sol. La Señora Rodríguez Lubary que vivía al lado presenciando la situación, en un arrebato de rabia o de justicia, se la arrancó de las manos y se la llevó a vivir con ella. A partir de allí, esa joven en pocos años, se convirtió en un ama. En el ama de llaves de otra de las casas más hermosas del casco histórico de San Isidro, donde actualmente funciona la sede del Arzobispado.

En el gran aluvión inmigratorio que vivió Argentina durante esa época, Buenos Aires se había convertido en la ciudad elegida por casi todos los que llegaban buscando una vida mejor. Españolas, italianas, rusas, alemanas, y las criollas competían por los lugares de trabajo. Las mujeres se desempeñaban como planchadoras, amas de leche, lavanderas, criadas y sirvientas. Cama adentro o cama afuera. Con hijos y sin hijos, mejor. Y algunas, las mejores, las que lograban la confianza de los señores de la casa, la lealtad necesaria para compartir cierta intimidad de la vida cotidiana y no revelarlo, la que tenía autoridad e idoneidad para el mando, llegaba a ser amas de llaves.

No es tarea sencilla serlo. Cuando están los señores, los señoritos, las señoritas, las institutrices y los invitados llegados de Europa todo

tiene que funcionar correctamente. La casa se transforma en un ser vivo con un ritmo que debe ser perfecto. Horarios para cada actividad, vajilla específica para cada ocasión. Salones especiales para cada clase de invitados. Movimientos sutiles, voces bajas. Murmullos para no molestar a la familia. Pero cuando ellos se van a otras mansiones y se despiden hasta la próxima temporada, la casa se queda con su ama y conserva la misma escrupulosidad.

Ser ama de llaves le dio a mi bisabuela Lita —diminutivo de abuelita ya que las abuelas, según ella, eran viejas— una voz que tomó como propia, la del mando, la del control y la organización de toda una casa. Incluyendo a su marido a quien no había elegido como tal y que era el chofer de la familia. También lo hizo con sus dos hijas que las tuvo porque se esperaba que las mujeres en ese entonces así lo hicieran. Le tocaron niñas que hablaban mucho, y bastante tenía que soportar a un hombre que no quería para tener que escuchar los chillidos de esas ingratas que le debían la vida.

En esa casa ella era la voz del ama que no ama, sino que manda. Por eso cada vez que mi abuela hablaba alto, como hace cualquier niña cuando juega, la golpeaba con una vara filosa, para que aprendiera a callar o a hablar cuando se lo pidieran. Mi abuela quedaba entumecida, sin voz, sin lágrimas, ante una mujer incapaz de ver el terror en la mirada de su propia hija.

De regreso del viaje a Mar de Ajó, decidimos ir a ver la casa. Yo ya la conocía, había ido con mi mamá y mi abuela treinta años atrás. Y allí estaba. Majestuosa, imperial ante mis hijos que no comprendían quizás que en ese momento yo intentaba mostrarles parte de su historia.

Nos sacamos unas fotos juntos en el frente para que quedara como recuerdo. Sentí de pronto un lazo fuerte con esa casa que nunca fue nuestra, pero que aun así yo seguía sintiendo tan propia, tan mía.

Es que allí, en la vereda, pude tocar con mis manos el mismo árbol por el que se había escapado mi abuela de un matrimonio arreglado con un médico saltando desde el segundo piso por la ventana hacia una rama que por suerte no cedió nunca. La imagino corriendo a los brazos de mi abuelo quien la esperaba y la llevaría a

Paraná, a Santa Fe y a las lanchas, a otra vida, que nada tenía que ver con la suntuosidad de la que venía. Hoy pienso, qué bueno que las ventanas no tuvieran llaves.

Por eso estar con mi abuela era vivir en dos mundos paralelos. Uno, que nunca abandonó junto a su madre, y a esa casa, que la hacía agonizar emocionalmente y resistirse padeciendo diversas enfermedades cada vez que se aproximaba el encuentro con ella en los veranos. Y el otro, en el que yo me maravillaba de la mujer que era, de la que se permitía, por momentos, ser feliz al menos, la mujer de los cuentos de Michifuz antes de dormir, la de la leche chocolatada y el pan con manteca al llegar de la escuela y la que traía el ángel cada año.

Las historias quedan grabadas en el corazón del niño que fuimos. Son los sutiles silencios, el llanto o el grito de las conversaciones de los adultos que escuchamos detrás de las puertas las que nos marcan y quedan en nuestra memoria. Son ecos que golpean una y otra vez, como la vara filosa, en un cuerpo con recuerdos.

Es cierto que las historias pueden ser encerradas puerta adentro. No sé si todas deberían ser abiertas. Pero, ¿qué se hace cuando encontramos la llave?



[FOTO: ARCHIVO PERSONAL DE LA AUTORA]

LA TECLA AZUL

• • •

Hace unos días caminaba por la peatonal San Martín en Santa Fe y comencé a escuchar una música clásica que parecía venir de lejos, de otro tiempo. Era hermosa. La busqué por un buen rato, incliné la cabeza hacia atrás varias veces equivocadamente, hasta que más adelante, hallé a un violinista, un hombre mayor, interpretando en soledad, en un escenario precario rodeado de excremento de palomas, algunas revoloteaban a su alrededor, pero parecía que nada lo perturbaba en ese momento.

Me acerqué al hombre, le di las gracias y unos pesos en la lata sobre el suelo, pero seguí caminando, no me detuve a escucharlo. Su música me acompañaba desde atrás, así como una bruma pesada, densa. Había tocado mi interior y comencé a llorar.

Apresuré el paso para detener lo que no entendía. Tal vez para sacudir la emoción. Había pasado varios meses sin tener tiempo para leer y escribir, a causa de un trabajo nuevo que requería demasiada responsabilidad. Al llegar fin de año había quedado desértica. Deshidratada como una pasa de uva. Entumecida y sin mi voz.

Sé que muchos se afligen por no ir a la cancha un domingo, porque llovió justo el día del recital o porque no avanzan en sus carreras como quisieran. O los miles de motivos que llevan a los otros a entristecer. A mí casi me mata quedarme sin mi voz, aunque no pueda escribirla como quisiera, aunque no logre conocerla

plenamente. Sé que ella no puede irse de nuevo porque cuando ella se calla, yo desaparezco. La gente normal no se muere por esto, la gente normal no vive para escribir y al mundo no le importa si en tu cabeza estallan mil palabras y no te sale un sólo párrafo en dos semanas. ¿Por qué habría de importarles?

Seguí caminando apresuradamente por la peatonal acompañada de la angustia y decidí ir al departamento de mi infancia —que está muy cerca— buscando conectar con algo que me dijera que no me estaba volviendo loca. Comencé a dar vueltas las llaves por las cerraduras de la puerta, son dos, una arriba y otra abajo. Se trababan. La puerta no se abría. Pensé por qué no había tres cerraduras, así se complicaba un poco más la cosa. Pero al fin la puerta cedió y entré. Di vueltas por los dormitorios, abrí cajones, roperos, bajé cajas. Armé un lío. De esos necesarios cuando todo parece estar patas para arriba. Pero no hallé nada.

¿Por qué no estaba allí lo que estaba buscando? ¿Pero qué estaba buscando? A veces, quedarse en silencio puede ser revelador. Sentada en el comedor, casi rendida, giré mi cabeza hacia el centro del dormitorio y me di cuenta de que estaba buscando un recuerdo.

Allí no estaba mi órgano de concierto. No estaba desde hacía más de veinte años cuando mi madre lo regaló porque le ocupaba demasiado espacio. Era de color marrón, con doble teclado y una pedalera gigante. Inglés. Con múltiples teclas de colores que al apagar la luz brillaban. La tecla que sonaba como un violín era de color azul. No había ninguno como ese en el país. Fue el regalo que me hicieron para mis quince años, después de haber estudiado siete en la academia, después de haber tocado en el Paraninfo, en el Teatro Municipal, y por la calle San Martín. Que ella lo regalara, dolió en aquel entonces, pero yo estaba enloquecida criando tres hijos y no pude reaccionar, sin embargo, ahora entendía por qué sí importaba.

Fue inevitable recordar que en el centro de esa habitación robé para mí momentos a solas y a puertas cerradas, con la luz apagada, para poder interpretar alguna pieza de Beethoven, o Mozart sosteniendo la tecla azul. ¿Qué me importaba el mundo

y sus desencuentros, los gritos y los insultos? Yo me sentía libre, grandiosa, poderosa. Podía tocar, escuchar y sentir. Podía llorar de emoción, cerrar los ojos sin miedo y ya nadie era capaz de arrebatarme la belleza de vivir el arte hasta en mis entrañas.

Tal vez por eso el violinista llegó a lo profundo de mí. Él estaba parado, interpretando su música en soledad. Persistente aunque la gente iba y venía. Movía el brazo sobre su instrumento haciendo magia, y él era consciente de eso. No necesitaba el aplauso del mundo, sólo compartía la belleza que llevaba dentro y que transmitía en cada sonido de su violín, en medio del ruido de la ciudad.

Algo así ocurre con la voz de la escritura. Es como un recuerdo, una música que nunca sé bien de dónde me llega. Se escribe a solas con un manojo de palabras, y más de una vez se hace rodeado de excremento emocional, de dolor, en tempestades de la vida, para alguien que quiera leer, que quiera oír con su propia voz una historia.

La voz de la escritura me llega como la música del violinista, como la interpretación en mi adolescencia de los clásicos en la penumbra, con nostalgias, de lejos, como la bruma, en soledad y libertad.

Nunca sé a qué lugares puede llevarme y si algún día voy a perderme en ella. No puedo escribir la voz pero persisto, porque es allí donde sucede la magia. Entre la música que viene de lejos y las palabras, en sus voces.

Y aunque el órgano de concierto ya no esté, vive en mí. En el recuerdo de lo que fuimos juntos, en la melodía que me acompaña mientras escribo, en el hallazgo del violinista y la tecla azul y en una puerta que suele dar trabajo para abrirse, pero que al final cede. No sé si hallé todo lo que buscaba esa mañana, pero después de todo, ¿quién logra hacerlo?



• • •

SOLEDAD YORI

nació en la ciudad de Santa Fe en 1976 y vive en el pueblo de Santo Domingo desde hace veinte años. Es Profesora de Historia y tiene realizados posgrados en Constructivismo y Educación, en la Enseñanza de las Ciencias Sociales y de la Historia. Trabaja como docente en escuela media y desde hace poco tiene una librería en su pueblo. Fue presidenta del Centro de Estudios Históricos del Departamento Las Colonias, Provincia de Santa Fe.

[FOTO: MARÍA CÓRDOBA]

ÍNDICE

6	La biblioteca
11	Con nombres de mujeres
16	Los Diarios_
20	Admirar y amar
23	La calle que no existe
27	La Vergüenza
30	Las librerías
36	La Pregunta
39	Ama de llaves
45	La tecla azul

COLECCIÓN **QUILOAZAS**

dirigida por Larisa Cumin

A orillas del Quiloazas se fundó por primera vez la ciudad de Santa Fe. El rollo vino a quitarle al pueblo y al río más que el nombre. La palabra como acto hace revivir, porque de ella —como del río— se tira y se saca otro modo de nombrar, fundar y habitar.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa de Lectura Ediciones UNL.



Yori, Soledad

Esa voz que me acompaña mientras escribo / Soledad Yori. - 1a ed - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2024.

Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera / Analía Gerbaudo ; Quiloazas)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-399-6

1. Crónicas. 2. Memoria Autobiográfica.

3. Libros. I. Título.

CDD 808.8035

© Soledad Yori, 2024.

© de la editorial: Vera cartonera, 2024.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIgual 4.0 Internacional

Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).